

Don Matias

Alfonso Ussía

Se me ha adelantado Julián García Candau. Ningún telespectador u oyente de la radio descubrió el truco de Matías. Era un cordobés seseante, y en la charla se refería a «Soco» y al «Saragosa» en lugar de a Zoco y al Zaragoza. Con una habilidad pasmosa se amparó en la «f», y así se pasó media vida camuflando su dificultad. No radió el gol de Zarra sino el de «Farra», y el Real Zaragoza fue siempre, desde su voz, el «Real Faragofa».

Además del maestro de la radio y la televisión y el amigo abierto a todos, Matías Prats tenía una enorme cultura poética. Se sabía de memoria la poesía y la copla de su tierra, Andalucía. Yo acostumbraba a decirle que nada más fácil que ser poeta en Andalucía. Los nombres de los sitios y la toponimia andaluza son, por sí mismos, poesía. Es más fácil escribir poesía en Alcalá de los Gazules, Zahara de los Atunes o Jimena de la Frontera que en Amorebieta, Olot o San Feliú de Guixols. La poesía toponímica reina en Andalucía y gobierna en la Castilla Alta. Con su memoria prodigiosa, recitaba igual un soneto de nostalgia portuense de Rafael Alberti, que la Elegía del Mariscador de Pemán, que los poemas galopados y marismeños de Fernando Villalón, que una tirana olvidada en las páginas difíciles de Don Preciso. Y se erigió como el paladín del recuerdo de José Carlos de Luna, un poeta gracioso y pinturero, de alcance modesto y de memoria casi extinguida. Decía que Manuel Machado era más andaluz que su hermano Antonio, se aliviaba con las «soleás» malagueñas de Manolito Altolaguirre, y a otro gran Manolito, de sus tiempos pero más joven, Manuel Alcántara, se lo rifaba en su sensibilidad. «Cuando se acabe la muerte/ si gritan ¡a levantarse!/ a mí, que no me despierten». Su amor por la métrica y la rima, que dominaba a la perfección, le llevó a escribir muy divertidos y agudos epigramas. Franco nombró alcalde de Madrid al conde de Mayalde, que era, a su vez, ganadero de reses bravas. Este nombramiento dio pie a uno de los comentarios más crueles del abuelo de Mayalde, el ya declinado conde de Romanones. «Muy mal tiene que estar Franco de gente para que le haga alcalde de Madrid al tonto de mi nieto Pepito». No fue un mal alcalde, y dejó un buen recuerdo de señorío y honradez. Años después de su cese, fue nombrado por segunda vez, y Matías Prats, jugando con la condición de ganadero de bravo de Mayalde y la fama que tenían sus toros de huir en la suerte de varas, escribió: «¿Mayalde otra vez Alcalde?/ ¡Cosa rara entre las raras!/ Será el único mayalde/ que haya tomado dos varas».

Se divertía con sus piruetas semánticas. Jugaba el Real Madrid un partido de la Copa de Europa con el Jeunesse de Luxemburgo, un petardo de equipo. Di Stéfano, Puskas, Gento y compañía le metieron ocho goles sin despeinarse. El único futbolista del conjunto luxemburgués que sabía tocar el balón se llamaba Peterson y era completamente calvo. El partido se retransmitía por Televisión Española, seguramente realizado por Ramón Díez, también fabuloso realizador de las corridas de toros. Y Matías dijo: «Reconocerán a Peterson por ser el menos dotado de frondosidad pilosa». Claro, que no pronunció «reconocerán» sino «reconoferán». En las corridas de toros, aprovechaba el tiempo entre toro y toro para contar anécdotas de todos los espectadores que eran enfocados por las cámaras de Ramón Díez. Y un día, harto el realizador de sus conocimientos sociales, le jugó una mala pasada. En lugar de dirigir la cámara a los tendidos lo hizo al cielo, donde un avión descendía rumbo al aeropuerto de Barajas. Ni así pudo con Matías, que al ver el avión en su monitor comentó: «Y esa aeronave, casi con toda seguridad, es la que hace el vuelo Sevilla-Madrid, y que muy probablemente vaya pilotada por mi amigo y gran aficionado a los toros, el comandante Arango». No le callaba nadie.

Me consuela dejar, con Matías en silencio, por fin en silencio, obligado por la muerte al silencio, un recuerdo de su talento, de su cultura y de su inmenso sentido del humor. Estaba tan por encima de los demás que hasta le perdonaron que hubiera sido, junto a la de David Cubedo, la voz del «No-Do». Jamás se cerró a nadie, ni resignó su pasado, ni renunció a su futuro. Dormirá para siempre en su tierra cordobesa, que le ofrecerá una noche limpia y permanente, en la que verá, de cuando en cuando, como en el poema al «Cristo de los Gitanos» de su rescatado José Carlos de Luna, oros de penas moriscas, centenes isabelinos, pobres temblores luceros y mijitas de luna blanca. Buenos firmamentos, Matías.